

SÁNCHEZ ADALÍD, JESÚ

EL ALMA DE LA CIUDAD

Barcelona, Planta, 2002

LIV

DESCRIPCIÓN BATALLA DE ALARCOS

En mi vida había visto yo semejante inmensidad de gente en pie de guerra. Se montó el campamento cristiano en Alarcos con tal cantidad de tiendas de campaña, aparatos militares, hombres y bestias, que se perdía la vista en el horizonte sin que se viera el fin de tamaño fonsado. Y no paraban de llegar las huestes desde todos los caminos, fluuyendo como un río de la multitud de pueblos que seguían al rey de Castilla.

Poco se había dormido durante aquellas noches. Reinaba la ansiedad. Los condes y potestades no dejaban de dictar órdenes que sus infanzones y merinos transmitían con prontitud a los infantes y jinetes, que no desaprovechaban ni una sola hora de luz para hacer maniobras guerreras, explorar aquellos territorios y determinar cuál había de ser el lugar más idóneo para la batalla. Con tal propósito, el propio rey se adelantó con sus grandes hasta un sitio llamado el Congosto, considerado el límite de Castilla, donde le pareció oportuno no permitir que el miramamolín sarraceno pisara ni un solo palmo de la tierra cristiana. Así que resolvió poner allí vigilancia con prudentes caballeros para que avisaran en el caso de que se tuviera noticia de que el ejército moro venía camino de Alarcos.

Iba yo al frente de los de Placencia, obedeciendo al mandato de don Bricio. Llevábamos una hueste muy digna, con

más de un millar de hombres muy bien pertrechados, entre los que se contaba un buen número de aguerridos veteranos y diestros jinetes de la mesnada de la ciudad. Aunque también llevábamos con nosotros a mucha gente de campo, peones inexpertos y mozuelos imberbes poco curados de espanto.

Con el estandarte de la ciudad al frente, se hizo el camino bien, reuniendo a cuantos más se pudo hacia el sur. Iba el personal animoso y con ganas de tener pronto al enemigo cerca, a pesar de que corrían rumores que hablaban de centenares de moros venidos de África y de ejércitos sarracenos, como no se había visto jamás, que se armaban en Sevilla, en Córdoba, en Jaén y dondequiera que los ismaelitas tenían súbditos dispuestos a unirse al sultán agareno.

Pero de la parte cristiana no se contaba sólo con la hueste de Castilla, sino que se esperaba a que los reyes de León y Navarra respondieran acudiendo a auxiliar a don Alfonso VIII. Para poner de manifiesto la unidad y concordia entre las monarquías cristianas, obedeciendo al mandato del papa Celestino III, que se apresuró a recordar a los preladados que recaería excomuniación sobre todo aquel que se atreviese a estorbar a quienes se disponían a hacer la guerra a los infieles ismaelitas.

Habíamos acampado los de Placencia cerca de los caballeros de Santiago, próximos también a los de Calatrava y lo más alejados posible del campamento abulense, siguiendo órdenes de don Bricio, que no quería que nadie pensase que el obispo de Ávila tenía algún mando sobre nosotros. Para que no sucediera tal cosa, me había dado instrucciones muy precisas y cartas para el arzobispo de Toledo, los maestros de las órdenes militares y demás potestades que llevaban la voz cantante en la organización de la campaña. Éstos dispusieron que me colocara con mi gente al pie del cerro

donde se asentaba Alarcos, en las proximidades del río, que iba crecido por haber llovido recientemente.

Los primeros días allí fueron de gran actividad. Había que componer las defensas y cuantos aparatos de guerra se consideraba que iban a ser necesarios en los combates que se avecinaban. Discutían los generales y los oficiales el plan, teniendo en cuenta la posibilidad de una emboscada, y se decidió ordenar las fortificaciones mirando hacia el sur, hacia lo que llamaban el cerro de la Cabeza, que se alzaba a dos tiros de piedra de Alarcos. Los caballeros salían a diario a recorrer los bosques y los desfiladeros de los caminos para reconocer el terreno y mirar que no hubiera moros escondidos, observando o preparando ataques por sorpresa. Pero en muchas leguas a la redonda no había un vivo, pues los habitantes huyeron en su totalidad a los montes nada más ver aproximarse a los ejércitos.

Avanzaba el mes de julio y el calor era sofocante. A medida que pasaba el tiempo y no sucedía nada, la vida se hizo más tranquila en el campamento. Algunos incluso empezaron a decir que el moro no vendría a presentar cara, que la presencia de las tropas castellanas le había metido el miedo en el cuerpo al miramamolín y que andaba ya de vuelta a África, con el rabo entre las piernas.

No tardó en extenderse esta patraña, de tal manera que muchos se ponían nerviosos al comprender que se esfumaba su gran oportunidad de participar en una guerra como no habían visto los tiempos, mientras que otros, encantados, proponían levantar el campamento y emprender el avance hacia el sur en busca de botín.

Por mi parte, no daba crédito a tales rumores, porque estaba muy cierto de que la guerra era inminente. Don Bricio me lo había asegurado, y creía yo más bien a su intuición y sabiduría que a las cavilaciones de tantos aventureros como había en Alarcos.

Os preguntaría qué era lo que pasaba por mi cabeza en aquel campamento, durante los días de espera. Es difícil de explicar. Para mí, era ésta ya otra época. Habían quedado atrás ya los años de la mocedad en los que tanto soñé con gloriosas batallas, ganando aún méritos, honores y ricos trofeos guerreros. Ahora, era yo otro. Poco me importaban ya las cosas militares. Y aquella vida dura, de privaciones y recias costumbres, se me hacía cuesta arriba.

Estaba allí sólo en actitud purgante. ¿Qué otra cosa podía hacer? Se me cerraron todas las puertas, y mi única salida posible era la guerra, a la que me había sentido precipitado, como arrojado. Era el campamento de Alarcos mi purgatorio. Mas no logré sentir latir en mi pecho el corazón contrito y humillado que me pedía don Bricio. Añoraba a mi amada Eudoxia y mi vida regalada de antes, lo cual llenaba de tristeza mi alma.

Los caballeros y gentes de guerra que componían la hueste, en cambio, parecían divertirse mucho: bebían, brindaban, cantaban, reían, platicaban, discutían y, los menos, descansaban.

Pero duró poco el holgar. De repente, se armó un gran alboroto cuando un sábado se vio aparecer a media mañana la cabeza de la columna que se había adelantado hasta el sitio que llamaban el Muradal para ejercer la primera contención frente al enemigo. Los exploradores venían muy alterados, contando que se veían ya los ejércitos moros atravesando los puertos de las montañas y que constituían tal enormidad que causaban espanto.

Los condes dispusieron entonces que se organizase una avanzadilla compuesta por miembros de todas las huestes para ir hasta lo más alto de un monte y ver a qué habíamos de enfrentarnos. No quise perderme el espectáculo; decidí que iría yo en nombre de los de Placencia.

Anduvimos por unos derroteros tortuosos, subiendo y

bajando, por senderos pedregosos y veredas de cabras, hasta encaramarnos en una altura muy considerable, desde la que se observaba una gran distancia, sierra tras sierra, valle tras valle.

—¡Allá van! —señaló alguien—. ¿Los veis?

Miramos todos en aquella dirección y nuestro asombro dio paso al estupor. El ejército moro era en efecto imponente. Se le veía negrear a lo lejos, cubriendo una gran extensión de terreno, descendiendo laderas abajo. Caminaba con lentitud, a pequeñas jornadas de dos leguas diarias —según explicaban los expertos observadores—, para no fatigar a los hombres y a los caballos. Llevaba, además, una impedimenta grande.

—¡Vive Dios! —exclamó un heraldo—. ¿Cuánta gente hay ahí?

—¡Mirad! —señaló otro, apuntando hacia otra dirección.

Volvimos la cabeza hacia otro lado y pudimos ver en la lejanía, en unos montes distantes, una nueva columna de moros, más grande si cabe que la anterior, que avanzaba con mayor premura.

—Es la caballería ligera —explicó un conde muy docto en asuntos militares moros—: millares y millares de jinetes a lomos de rápidos caballos árabes, diestros guerreros que manejan la espada y la lanza desde la silla como nadie en el mundo.

—¿Y qué? —le espetó uno de los caballeros—. Ahí en Alarcos está lo más granado de los jinetes de Castilla. ¿Vamos a temer a esos infieles mugrientos?

Mirábamos todos con circunspección hacia donde avanzaba el espectacular ejército sarraceno. Supongo que casi todos pensábamos lo mismo en aquel momento: había que aguardar al refuerzo de León y de Navarra, pues a la vista estaba que, por mucha gente que hubiera en el campamen-

to castellano, aquella inmensidad de moros que iba cubriendo la tierra hacia nosotros, como una oleada, nos superaba con mucho.

Sobre el promontorio más elevado, a mi derecha, veía yo a importantes hombres del reino: Ordoño García de Roda y sus hermanos, Pedro Rodríguez de Guzmán, Rodrigo Sánchez y bastantes otros. Destacaba por su robustez y su señorial presencia don Diego López de Haro, señor de Vizcaya y merino mayor de Castilla, que era quien dirigía la campaña. Este noble caballero anunció con solemnidad:

—¡Las banderas sarracenas han rebasado el Congosto!

—¡Los infieles pisan tierra de Castilla! —gritaban los caballeros enardecidos—. ¡Muerte al moro! ¡A ellos!

—¡Viva Santiago! —gritaban otros—. ¡Santiago y a ellos!

Reuní a los caballeros de Placencia y a los clérigos que venían en la hueste. Aquella gente me miraba con cierto recelo, y yo lo notaba. Supuse que estaban enterados en parte de mi comprometida situación frente al obispo y eso les hacía manifestarse distantes y a veces con cierta arrogancia. Pero había entre ellos algunos jóvenes que tenían suficientes motivos para estarme agradecidos. Yo y nadie más les había conseguido sus dignidades y poderes, y bien sabían que ahora tenían cerca una inmejorable oportunidad para ganar rico botín, prestigio y tal vez títulos más honrosos. Por mi parte, se me presentaba también la ocasión para redimirme ante ellos. Así que les hablé con dignidad, sin artificios, con una sinceridad que a mí mismo me asombraba:

—Nunca antes los placentinos hemos venido en fonsadera defendiendo nuestras propias enseñas, las de vuestra noble ciudad. Bien es cierto que muchos de vosotros, veteranos caballeros, guerreros sin par, seglares y clérigos, como yo, habéis ido antes en pos de nuestro glorioso rey don Alfonso, siguiendo al nobilísimo pendón de Castilla. Mas lo hacíais formando parte de la hueste de vuestras ciudades de origen: Ávila, Burgos, Salamanca... ¡Dios las guarde! Pero hoy, aquí, sabemos quiénes somos más que nunca, y que se nos brinda la oportunidad de dejar muy alto el nombre de Placencia en toda Castilla, en toda la cristiandad,

frente al moro y delante de nuestro rey y de todos los grandes señores, condes y obispos que están ahí, a nuestra vera. ¡No somos menos que nadie!

—¡Eso! —gritó un tal Lope Veler, un caballero maduro, muy fiel a don Bricio, que no había dejado de acudir a cuantas campañas había habido en anteriores épocas—. ¡Eso, que sepan quiénes somos! Ya no hay aquí, en esta fonsada, abulenses, ni vallisoletanos, ni salmantinos... ¡Placentinos somos por voluntad de Dios! ¡Viva Placencia!

—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!... —vitorearon todos al unísono.

—De eso se trata —proseguí—. Si ha de haber un día en el que nuestra noble ciudad debe proclamar su nombre, sus fueros y su sede episcopal, tal día ha llegado. ¡Viva el rey! ¡Viva Placencia! ¡Viva don Bricio!

—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

No es que me los hubiera ganado sólo con aquel discurso, pero ya notaba yo que me miraban de otra forma. Ahora debía ponerme al frente de ellos, y no podía dejar que me vieran titubear. Si había de redimir mi honra, ninguna ocasión sería más propicia que la batalla que se avecinaba.

A última hora de la tarde, mientras el sol se ponía, se vio aparecer a lo lejos la masa ingente de la morisma. Las huestes cristianas se replegaron entonces hacia las alturas que coronaba la fortaleza de Alarcos, a las traseras del monte, junto al río, y en el llano donde se asentaba el campamento. Era noche cerrada y aún se oía el rumor de las pisadas de tantos hombres y bestias como iban llegando al lugar donde se fueron asentando los sarracenos.

Nadie durmió durante aquella breve y calurosa noche de julio. Reunidas todas las potestades con el rey y con don Diego López de Haro, se determinaba en el salón principal

del castillo qué sería lo más oportuno. Y resolvióse que se madrugaría sobradamente, para evitar cualquier sorpresa. Uno de los condes, en nombre de cuantos allí estábamos, preguntó:

—¿Cuánto se ha de madrugar, pues?

—¡Harto! —respondió con energía don Diego—. Lo cual quiere decir que, cuando partan a sus campamentos las potestades que aquí se hallan, concluida esta reunión, debe ponerse toda la gente cristiana en pie e ir a componer los frentes en el que ha de ser el campo de batalla. No les demos reposo a esos infieles, que no bien acaban de poner los sucios pies en tierra cristiana.

Elogiamos con entusiasmo esta decisión todos los jefes, por parecernos de mucha inteligencia, a pesar de que suponía renunciar al sueño aun cuando los cuerpos reclamaban descanso. A lo que el arzobispo de Toledo, don Martín López de Pisuerga, hombre bravo, fuerte y de ardiente mirada, exhortó:

—¡Velemos! ¡Velemos y oremos, hermanos, para no caer en tentación!

Así pasamos la noche, en vela. Y nos sorprendió la aurora pertrechados: enjaezados los caballos, armados los caballeros con sus lorigas de cuero, los agudos yelmos, embrazados los escudos, empuñadas las espadas y las robustas lanzas; dispuestos los arqueros y los peones; cargados los pollinos con armas de repuesto, flechas, picas y piedras, y agrupadas las diversas huestes.

Despuntaba el sol en el horizonte cuanto todo el ejército cristiano presenciaba la salida del rey de la fortaleza de Alarcos, acompañado por su cortejo. Lo esperaban a las puertas los prelados y los condes. Las tropas formaban de espaldas a las murallas, unos a caballo y otros a pie. Los diáconos vestían preciosas dalmáticas y llevaban turíbulos de plata que agitaban emitiendo hacia el cielo los blancos

sahumerios del incienso. En medio de ellos, sobre su yegua alazana revestida con gualdrapa de brocado, el primado de Toledo alzaba una resplandeciente cruz de oro cuajada de gemas.

Se entonaron salmos y cantos emocionados. Se hizo después un gran silencio al que siguieron las plegarias pidiendo al Dios de las batallas auxilio y protección para el ejército cristiano. Imploró el arzobispo don Martín para el rey la victoria, y el retorno triunfal a sus tierras para cuantos allí íbamos a luchar. Entonces, un archidiácono tomó la cruz labrada que contenía en su interior una reliquia del sagrado madero de Cristo y se lo dio a venerar al rey, el cual se arrodilló con gran devoción, mientras los monjes cantaban:

*Sume scutum inexpugnabile equitatis...*

Impartieron bendiciones los prelados y abades, siendo tan grande el silencio y el orden que podía oírse el canto de los pájaros. Hasta que, de repente, los condes y potestades comenzaron a dictar las órdenes de marcha, que los infanzones y merinos transmitieron en seguida a los heraldos, los cuales, a voz en cuello, lanzaron sus señales sobre las filas de las huestes que, como indica su nombre, comenzaron a moverse, ágilmente los peones y arqueros, y con mayor lentitud la caballería pesada, envuelta en su impedimenta de hierros, arneses y petos, palafreñeros, escuderos y armeros.

Emprendieron la marcha los frailes de las órdenes militares, que habían de precedernos, y, cuando avanzaba delante de nosotros el último de ellos, monté de un salto sobre el hermoso bruto que me regaló Abasud al-Waquil. Me imitaron las gentes de Placencia y pusimos rumbo hacia el combate: los arqueros y lanceros delante; a continuación, el portaestandarte con la insignia de la ciudad, seguido por los magnates, canónigos y caballeros, a quienes yo iba aren-

gando con palabras parecidas a las del día anterior para enardecer sus ánimos.

Era ya completamente de día. El sol iluminaba el campo, donde no se veían sino soldados. Había una quietud grande bajo el cielo azul y el aire estaba inmóvil. Los tambores iniciaron entonces su ensordecedor estruendo guerrero, que se unió al estrépito de las pisadas. Caminamos por unos yermos desolados y polvorientos hasta llegar a un llano extenso. Delante y a los lados se veían los cerros pelados, donde negreaban ya como un bosque las filas de moros que nos aguardaban, pero no avanzaban ni un paso.

Nos detuvimos y estuvimos allí varias horas, bajo el sol cada vez más potente, muy atentos a los sarracenos, que permanecían inmóviles, dando la impresión de que no estaban muy decididos a dar batalla o que incluso rehusaban el encuentro.

Más tarde, cuando el calor se hizo insoportable dentro de las armaduras, los condes se impacientaron e iban de un lado para otro, comunicando sus impresiones, como nerviosos. Algunos empezaron a gritar:

—¡Vayamos a por ellos! ¡A qué esperamos! ¡Al moro, que nos asaremos!...

Como no terminaban de decidirse las potestades, mi gente comenzó a inquietarse y a enojarse:

—¿Qué pasa? —me preguntaban—. ¿Por qué no vamos al combate? ¡Este sol nos matará!

Me acerqué hasta donde estaba el arzobispo de Toledo. No bien me vio llegar a su altura uno de sus adláteres cuando, como si adivinase mi pregunta, explicó:

—¡Dejad hacer a quienes saben de esto! Que lo que quieren los moros es que vayamos una y otra vez a por ellos, para echarnos encima nubes de flechas desde los cerros y fatigarnos. ¡Ya veis cómo son de cobardes y traicioneros, rehusando el cara a cara!

—Pero ¡el calor mata a nuestra gente! —repliqué.



—¡Paciencia, arcediano! —me espetó.

En esto, se vio que los agarenos se removían y empezaron a hacer sonar sus atabales y a gritar. Nuestra gente les contestó con más ruido de tambores y vocerío.

Salió entonces del enemigo una fila de jinetes de su caballería ligera, al trote; serían medio centenar.

—¡A ellos! —ordenó don Diego López de Haro a su caballería pesada.

Fueron los de Toledo a por los moros sobre sus caballos, lanza en ristre, parapetados con escudos y arneses. Pero los sarracenos parecían reírse de ellos, rodeándolos con sus gráciles monturas árabes de pura raza, ágiles, sin la impedimenta propia de los caballeros cristianos.

Desconcertados los toledanos, no sabían qué hacer, pues no estaban adiestrados en el tipo de lucha que presentaban aquellos africanos que recorrían el campo de parte a parte como centellas.

Vi titubear entonces a don Diego López de Haro, que se había alzado la celada y observaba atónito el espectáculo.

—¡Están despistados! —comentó uno de mis caballeros—. Los moros se ríen de ellos.

Tampoco yo sabía lo que debía hacerse ante este juego tan raro, tan ajeno a los usos guerreros que se aprendían en las mesnadas cristianas.

Pero he aquí que llevaba en mi hueste a un buen número de arqueros moros, de los muchos que vivían en Placencia y que se habían unido a la fonsadera.

—¡Dejadnos a nosotros, arcediano! —me pidió el jefe de todos ellos, un tal Abu Abás, que me había recomendado mi amigo Abasud, asegurándome que era harto ducho en las artes guerreras.

Dudé primeramente. Pero, como él insistió y me di cuenta yo de que los enemigos empezaban a causar estragos en los de Toledo, les dije a los moros placentinos:

—¡Andaos y haced lo que podáis!

Salieron a todo correr y se encaramaron en lo alto de un cerro, entre los africanos y nosotros. Apuntaron los arcos hacia sus hermanos de religión y, ante nuestra asombrada expectación, comenzaron a disparar con tanto tino que derribaron a una docena de jinetes sarracenos. Debió de espantar esto a los capitanes de la caballería almohade, de tal manera que rápidamente se retiraron todos hacia sus filas.

Entre la gente cristiana se elevó un gran clamor de aprobación, mientras regresaba la caballería cristiana al grueso de la hueste.

Creí yo, ¡ingenuo de mí!, que me felicitarían. Pero no fue así, sino todo lo contrario; pues se enojó mucho don Diego López de Haro, que era muy orgulloso, así como su gente, y nos recriminaron a los de Placencia nuestro atrevimiento.

—¿Qué hacéis? —nos espetaron—. ¡No estorbéis, mentecatos! ¡Sacad del ejército cristiano a esos moros! ¡Fuera esa gentuza!

Era injusto, y los míos se disgustaron mucho, desazonados al ver pagado con tanta ingratitud el favor que les habíamos hecho.

Ganas me dieron de ir contra aquellos arrogantes toledanos y vengar el agravio, pues hubimos de soportar insultos y desaires durante un buen rato.

En vista de ello, envió el arzobispo don Martín a un emisario para felicitarnos en nombre del rey y en nombre propio, pues estaban contemplando el suceso con desagrado desde el promontorio del castillo. Y este mismo emisario afeó mucho su ingratitud a los caballeros que nos insultaban. Lo cual, en vez de hacer que se enmendasen, los enardeció aún más en contra nuestra, arreciando con insultos y ofensas mayores.

Entonces la gente de Placencia se sintió tan mal que me pedían:

—¡Vámonos de aquí! ¡Esos presumidos no nos quieren! ¡Volvamos a casa!

—¡No, no, no! —contesté—. El rey mismo nos felicita. ¡Que se zurzan esos bellacos! ¡Nosotros a lo nuestro! A partir de este momento, haremos lo que nos parezca mejor. No obedeceremos sino al rey y al arzobispo. ¡Ignorad a esos desagradecidos!

Estábamos en esta porfía cuando se les agotó la paciencia a los castellanos. Las huestes empezaron a avanzar hacia los moros y se vio descender de Alarcos al rey con todos los condes, hacia el campo de batalla.

—¡Ya es hora! ¡Santiago! ¡Santiago! ¡Santiago!... —gritaban los cristianos enfurecidos, rabiosos a causa del sol implacable.

—¡Quietos nosotros! —ordené a los míos—. ¡Ya nos llegará el momento!

Lo que pasó a continuación vino a darme toda la razón, así como a cuantas otras huestes acordaron no entrar en el juego de los africanos. Resultó que la caballería pesada cristiana fue una y otra vez al campo, en un fatigoso empeño, a pleno sol, para hacer entrar en lid a la morisma, la cual seguía rehusando, amparada en sus cerros, reposando debajo de tenderetes y sombrajos, muertos de risa al ver a sus contrarios con tanto aparato guerrero, sin tener enemigo contra quien blandir las armas.

Retornó todo el ejército cristiano al campamento a última hora de la jornada, fatigado por el peso de los pertrechos y sedientos. El descontento era grande y comenzaba a cundir una especie de desánimo que acabó derivando en trifulcas. Unos a otros se echaban la culpa y no eran pocos los que empezaban a manifestar desgana e incluso a sugerir que era más prudente replegarse hasta Castilla, a la espera de que vinieran los refuerzos leoneses y navarros que se prometían.

Amaneció en el campamento cristiano después de una segunda noche sin que nadie pegara ojo. Allá iba la hueste de nuevo, a campo abierto, deshecha y aplastada, a pleno sol, bajo el peso de las armaduras y los pertrechos. Se dispuso idéntico plan de batalla y parecía repetirse, paso por paso, lo del día anterior: los nuestros amagaban y los moros rehusaban.

Este sucio juego acabó de hartar finalmente a don Diego López de Haro, que dio la orden de avanzar a toda su caballería hacia los cerros donde estaban apostados los sarracenos. Celebraron los caballeros esta decisión e iniciaron una embestida al trote, por las cuestas. Mientras, el rey, las demás huestes y las ciudades se guardaban en retaguardia, quietos, a ver qué pasaba. A nosotros nos tocó esperar con ellos.

La visión era muy buena desde donde nos hallábamos y observamos cómo brotaban flechas desde el ejército agareno, en tal cantidad que parecían auténticas nubes. Esto no arredró a los de López de Haro, que seguían su camino, muy firmemente, ascendiendo. De repente, respondieron los enemigos al ataque con una vanguardia ingentísima de moros de a pie, en desorden, mal armados y peor guarnecidos, sin corazas ni cascos siquiera. Por entre ellos pasó la caballería pesada casi sin inmutarse y alcanzó el promontorio, donde barrió a los arqueros.

Un ensordecedor griterío de júbilo se elevó en nuestras filas, pues daba la impresión de que la cosa no era tan difícil como se pintó en un principio. Veíamos a los caballeros cristianos, tan poderosos, abriendo brecha en el imponente ejército almohade, que se apartaba a ambos lados como si fuera incapaz de contener tan impetuosa embestida.

En esto, don Diego López de Haro se animó y mandó orden a las potestades de que enviaran nuevas oleadas de caballería pesada para no darle respiro al enemigo. Se obedeció al punto y partieron varios millares más, de Ávila, Burgos, Benavente, Salamanca, Zamora, Palencia... Y nos llegó a nosotros el momento.

Iba yo decidido con tres centenares de caballeros, detrás de la Orden de Santiago, y pensaba, como tantos otros cristianos, que la batalla era ya pan comido. Pero pronto empecé a darme cuenta de que algo raro estaba pasando. A mi alrededor, nuestra gente gritaba:

—¡Mirad! ¡Mirad allá! ¡Ved lo que sucede! ¡Mirad a los moros!

La polvareda era muy densa, y el gentío cristiano que avanzaba a un lado y otro, enorme. Pero pude distinguir muy a lo lejos cómo los sarracenos habían iniciado un rápido movimiento envolvente, con millares de sus jinetes ligeros que, veloces, nos rebasaban ya a derecha e izquierda, en sentido contrario, yendo hacia Alarcos.

—¿Qué hemos de hacer? —me preguntaban—. ¿Nos volvemos?

Titubeé durante un momento, sujetando el caballo, pero no se podía dar media vuelta uno ya, pues nos seguía una masa incontenible de cristianos que iba ciega hacia el frente. Entonces comprendí que habíamos caído en una trampa militar, muy al uso de los viejos ejércitos, que yo conocía bien por haberla aprendido leyendo el libro de estrategias militares de un antiguo romano llamado Frontino.

Se trataba del clásico ataque por los flancos, dividiéndose el ejército en dos alas que rápidamente envuelven al contrario y le perjudican en los costados y en la retaguardia. Podían permitirse los moros esta maniobra por ser más, estar descansados y contar con su caballería ligera.

Era ya tarde. Muchos otros guerreros veteranos de la hueste cristiana se percataron, como yo, de lo que nos estaba pasando. Pero nadie podía parar nuestro avance, pues las potestades iban a la cabeza y don Diego López de Haro se entretenía arrasando la vanguardia almohade, donde, según se supo luego, había caído Abu Yahya, uno de los principales generales agarenos.

Faltaba todavía lo peor. No bien habíamos alcanzado los cerros cuando se nos pusieron a los lados, en las alturas, miríadas de arqueros, lanceros y honderos que nos descargaron encima tal lluvia de proyectiles que no se veía el sol. Esto hizo estragos sobre todo entre nuestros peones, de manera que se quedó la caballería pesada muy descubierta, a merced del incordio de las múltiples oleadas de jinetes enemigos que parecían brotar de la misma tierra. El combate se hizo encarnizado. Apenas veíamos a causa del polvo; el calor era sofocante, el aire ardiente, y no nos quedaban fuerzas en el cuerpo, muertos de sed, extenuados, desesperados.

Se oyó entonces la orden de retirada, la cual celebramos, pues poco hacíamos frente a un enemigo que nos acosaba por todos lados, sin darnos respiro y sin presentarnos cara en la manera en que estábamos duchos en el arte de la guerra: frente por frente, lanza en ristre o espada en mano.

Todavía, cuando nos retirábamos, nos seguían como lebreles a su presa, sin dejarnos recuperar el resuello. ¡Qué purgatorio! A mis lados caían buenos soldados del caballo y la morisma los hacía pedazos con hachas y alfanjes. Otros

muchos iban heridos, tuertos, con los ojos colgando, sin dedos, asaeteados, desfallecidos, aterrados.

Quiso Dios que no sufriera yo herida mortal alguna, pero galopaba aturdido a consecuencia de tantas piedras como me habían golpeado en el yelmo, dejándome sordo y desconcertado.

No sé cómo pudimos alcanzar Alarcos en tal estado, pero recuerdo que no acabaron nuestras penas. Los moros rodeaban ya la plaza por todos lados y el ejército cristiano, disperso, iba en estampida montes arriba, como rebaño sin pastor perseguido por manada de lobos. Quien pudo se refugió en la fortaleza, y quien no, ponía tierra de por medio hacia el norte.

Esto último hice yo con la gente que me quedaba con vida; ya que no era cosa de pensar siquiera que pudiesen volverse las tornas a nuestro favor. ¡Tal fue el desastre!

De noche ya, dejábamos a nuestras espaldas el rumor de la guerra y el resplandor del fuego que se alzaba por todas partes. No sabíamos si el rey cristiano vivía o era muerto. Sólo nos preocupaba tener siquiera un momento de reposo para poner en claro las ideas.

Nos detuvimos en unos arroyos que corrían frescos, lo cual nos pareció un milagro. Echamos pie a tierra al fin y, creyéndonos seguros, nos despojamos de armaduras y ropas para arrojarnos a las aguas y sanar la ardentía de tan larga jornada de brega.

Nadie decía nada; los que iban heridos gemían de vez en cuando. La pena por la derrota era muy grande y la incertidumbre mayor aún. ¿Qué podíamos hacer a partir de ese momento?

—¡Alarma! ¡Alarma! —gritó alguien—. ¡Viene gente en tropel!

Nos quedamos muy quietos, amparados en la oscuridad, desnudos, tal y como estábamos metidos en el arroyo.

—¡Somos gente cristiana! —se oyó exclamar—. ¡Quién está ahí!

Eran burgaleses que iban como nosotros, de retirada. Más tarde, pasaron muchos otros castellanos que iban deshechos en lágrimas, cuajados de heridas y atormentados por la vergüenza.

—¡Dios no nos ampara! —sollozaban—. ¡Esto es la ruina! ¡Dios nos ha abandonado! ¡Mejor hubiera sido morir hoy!...